



# La muerte de un pobre en la alcoba de un palacio

San Juan de Dios y la  
iconografía de su muerte

8 ANÓNIMO MADRILEÑO

Diseño y maqueta Susana Martínez Ballesteros  
Imagen de la cubierta Portada del Hospital de San Juan de Dios, Granada

Dirección científica Francisco Benavides Vázquez  
Fotografía Pepe Marín Zarza / Lucía Rivas Villa / Luis Ruiz Rodríguez  
Revisión de pruebas Marina Santiago Villanueva

Depósito legal GR 246-2025  
ISBN 978-84-121472-6-1

© de la edición: Archivo-Museo San Juan de Dios. 'Casa de los Pisa'  
© de los textos: sus autores

Realizado en España / Made in Spain

8

*Tránsito de San Juan de Dios*

ANÓNIMO MADRILEÑO

Texto hagiográfico de JOSÉ LUIS MARTÍNEZ GIL OH  
Análisis de la obra por FRANCISCO BENAVIDES VÁZQUEZ





# *Tránsito de San Juan de Dios*

ANÓNIMO MADRILEÑO

Siglo XIX

Madera y óleo, 88 x 89 cm; 44 x 35 cm (tabla central)

Archivo-Museo San Juan de Dios  
'Casa de los Pisa' - Sala Recibidor [0055]



*Así nos cuenta José Luis Martínez Gil OH<sup>1</sup>  
la muerte de San Juan de Dios*

*XII. Muerte de Juan de Dios*

Los últimos momentos

**H**EMOS SEGUIDO, MUY DE CERCA, LA NARRACIÓN DE LOS HECHOS del Maestro Francisco de Castro. Lo hacemos en la hora final porque es difícil exponer de forma más concisa y «sentida» los numerosos detalles de finura y elegancia humana y espiritual que refleja su biografía. Conocida la gravedad, D. Pedro Guerrero se interesó por él:

Como el Arzobispo supo cuán al cabo estaba, fue lo a visitar, consolólo con santas palabras, animándole para aquel camino, y al cabo le dijo, ¿si tenía algo que le diese pena, que se lo dijese, porque pudiendo él los remediaría? Él respondió. Padre mío y buen Pastor, tres cosas me dan cuidado. La una lo poco que e servido a nuestro Señor habiendo recibido tanto. Y la otra los pobres, que le encargo, y gentes que han salido de pecado y mala vida y los vergonzantes. Y la otra estas deudas que debo, que e hecho por Iesu Christo. Y púsole el libro en la mano, en que estaban asentadas. Y el Prelado respondió. Hermano mío, a lo que decís que no habéis servido a nuestro Señor, confianza en su misericordia, que suplirá con los méritos de su pasión lo que en vos a faltado. Y en lo de los pobres yo los recibo, y tomo a mi cargo, como soy obligado. Y en cuanto a las deudas, que debéis, yo las tomo desde luego a mi cargo para pagallas. Y yo os prometo de hazello como vos mismo lo hizierades: por tanto sosegaros y nada os dé pena, sino sólo atended a vuestra salud, y encomendaros a nuestro Señor<sup>2</sup>.

Gran consolación recibió Juan de Dios con la visita de su Prelado, y en lo que le prometió:

Y después de avelle dicho otras palabras de mucha consolación le besó la mano, y recibió su bendición, y despedido se fue de camino a visitar el hospital. Agravando se le más la enfermedad a Ioan de Dios, recibió el Sacramento de la Penitencia (aunque muy a menudo lo hacía siempre) y truxeron le a nuestro Señor, y adorólo porque la enfermedad no daba lugar a recibillo<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> MARTÍNEZ GIL, José Luis (O.H.). *San Juan de Dios Fundador de la Orden Hospitalaria*. Madrid, Hermanos de San Juan de Dios, 2015, pp. 261-265.

<sup>2</sup> DE CASTRO, F. *Historia de la vida y santas obras de Juan de Dios y de la Institución de Su Orden y principios de su Hospital*. En casa de Antonio de Lebrija, año 1585 p. 76.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 77.

Juan de Dios llamó a su compañero Antón Martín,

[...] encargándole mucho los pobres, y los guerdanos, y los vergonzantes, amonestándole lo que avía de hacer con muy santas palabras. Pues sintiendo en sí que se llegaba su partida, se levantó de la cama, y se puso en el suelo de rodillas, abraçándose con un Crucifixo, donde estuvo un poco callado, y de ay a un poco dixo Iesus, Iesus, entre tus manos me encomiendo, y diciendo esto con voz recia y bien inteligible dio el alma a su Criador, siendo de edad de cincuenta y cinco años, habiendo gastado los doce destos en servir a los pobres en el hospital de Granada<sup>4</sup>.

Ocurrió algo destacado:

Y sucedió una cosa harto digna de admiración, y que no sabemos que se lea de otro ningún santo, sino de San Pablo el primer ermitaño. Que después de muerto quedó su cuerpo fijo de rodillas sin caerse, por espacio de un cuarto de hora, y quedara assí hasta hoy con aquella forma, si no fuera por la simpleza de los que estaban presentes, que como lo vieron assí les pareció inconveniente, si se eleva, para podello amortajar. Y assí lo quitaron y con dificultad lo estiraron para amortajallo, y le hicieron perder aquella forma de estar de rodillas. Estuvieron presentes a su muerte muchas señoras principales, y cuatro Sacerdotes, y todos quedaron admirados, y dieron gracias a nuestro Señor de tal muerte, y cuán bien hacía consonancia con la tal vida. La cual fue entrada del Sábado, media hora después de Maitines, a ocho de marzo de mil y quinientos y cincuenta años<sup>5</sup>.

Mientras en la casa de los señores de Pisa se apaga una vida, la ciudad sigue su ritmo con tantos comentarios y angustias. Sabida la noticia de la muerte, fue unánime el elogio que todos tributaban a la virtud del finado. Verdaderamente Juan de Dios tuvo razón, desde su locura, apostando por los pobres; escogió la mejor parte, que el cielo sólo se gana con violencia. La hora del reconocimiento de los valores humanos suele coincidir con la hora de la despedida. Lo encuentran arrodillado queriendo besar los pies taladrados del Redentor, en un beso prolongado de adoración y cariño, hecho una imagen de penitencia.

Ha muerto el incansable paladín de Dios, el caballero andante de la pobreza, el desposado de la caridad, el padre de los pobres, el siervo de los enfermos, el profeta de la hospitalidad, el humilde siervo de todos. Por Cristo ha vivido y se ha hecho pobre con los pobres y por Cristo y en Cristo ha muerto. Bien se cumplió en la muerte de Juan de Dios lo que

Christo nuestro Redentor dijo en su evangelio (Mt 23). Que el que se humillase, sería ensalzado: pues él todo el tiempo que sirvió a nuestro Señor, gastó en abatirse y menospreciarse,

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 77-78.

y ponerse en lugar bajo y humilde por todos los modos y maneras, que él pudo: como en el proceso de su vida parece bien claro. Assí nuestro Señor cumpliendo bien su palabra, tuvo tanto cuydado en la vida y en muerte de levantallo y honrallo: que se puede bien decir, que a su cuerpo se le hizo el más sumptuoso y honrado enterramiento que jamás se hizo a príncipe, Emperador, ni Monarca del mundo<sup>6</sup>.

Granada llora su muerte: 8 de marzo de 1550

Suenan las campanas de la ciudad por el llanto y el dolor del bendito Hermano Juan de Dios. La noticia trágica corrió veloz por toda Granada que se hace comentario y loa del hospitalario. Es la hora del gran premio que se acaba de otorgar a Juan de Dios en el cielo y en la tierra. Tras ser visitado por la gente de Granada, con el dolor de los Hermanos y los enfermos de su hospital, los que pudieron entrar en la casa de los Pisas lo realizaron testimoniando su profundo dolor. Se reza por él, se dicen misas, se dan gracias a Dios por el don de su vida. Se prepara el funeral y se realiza el entierro que jamás vio Granada y recordará la historia:

Pero a éste fue diferente; porque siendo tan pobre y menospreciado, y no poseyendo algo en la tierra, no se pudo poner sospecha en los que le acudieron a honralle, de ninguna de las tres cosas que sant Ioan dice. Andan envelesados los hombres del mundo, y con todo esto en siendo de día, y sabiendo que Ioan de Dios era muerto, fue tanta la gente que acudió sin llamar a ninguno de todas calidades, que fue cosa de admiración. Amortajaron el cuerpo, y pusieron lo sobre un sumptuoso lecho bien adornado en una sala grande, y allí se pusieron tres altares, y se dijeron luego gran numero de Misas por todos los frailes y Clérigos de la ciudad, que les dieron lugar desde aquella hora, hasta que lo llevaron a enterrar, y todos iban a decir sus responsos al cuerpo<sup>7</sup>.

El entierro fue un acontecimiento en Granada; una procesión, solemne y silenciosa en parte. Se mezcla la ciudad, sin distinción de clases sociales. Acompañan en su último viaje, para descansar de su morada terrena, al eterno caminante de las rutas europeas, infatigable aventurero de la caridad. Todos se afanan por tener un recuerdo del hospitalario. Granada se entregó a una exaltación de cariño jamás visto:

Cuando fueron las nueve de la mañana, era tanta la gente, que avía acudido al entierro, que no cabían en la casa, ni en las calles. Començóse a hacer, y tomaron el cuerpo en sus hombros. El

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 78-79.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 79.



ORDEN HOS  
SAN JUAN

PREMIO PRINCIPAL  
DE LA CO  
20



HOSPITALARIA DE  
N DE DIOS

ES DE ASTURIAS  
NCORDIA  
2015



Marques de Tarifa, y el Marques de Cerralvo, y Don Pedro de Bovadilla, y Don Ioan de Guevara, y baxaron lo hasta la calle y allí hubo alguna contienda, sobre quién lo avía de llevar, y acudió un Padre Venerable, y de mucha Santidad, de la orden de los Menores, llamado Cárcamo, con otros de su Religión, y dijo. Este cuerpo nos conviene llevar a nosotros, pues su vida imitó tanto a la de nuestro Padre San Francisco en pobreza, penitencia y desnudez. Y assí se lo dejaron un buen trecho, y después acudían Religiosos de todas ordenes, y a trechos llevaba cada uno un rato, hasta llegar a nuestra Señora de la Victoria<sup>8</sup>.

En el magnífico testimonio que nos legó el Maestro Castro, tan sobrio y comedido siempre en sus exposiciones, es admirable la cantidad de detalles que da sobre la muerte y entierro de Juan de Dios. Dice que le acompaña toda la ciudad. El entierro es una confirmación de la naciente fama de santo que ha rodeado, en los últimos tiempos, la persona de Juan de Dios; están representados todos los estamentos de la ciudad: clérigos, religiosos, dignatarios públicos, pobres, enfermos que pueden acompañarle, niños, los Hermanos que han podido ir sin dejar la asistencia del Hospital, y, de una manera especial, el santo arzobispo Don Pedro Guerrero, «infinita gente», como dice Castro:

El Corregidor y justicia ponían orden en la gente y hacían lugar, y era bien menester según la muchedumbre que avía: y iba hecha una procesión en esta manera. Iban en la delantera los pobres de su hospital, y todas las más de las mujeres, que él avía casado, y doncellas pobres, y viudas, todos con sus candelas en las manos, llorando amargamente, y contando a voces los bienes y limosnas que dél habían recibido. Y luego iban todas las cofradías de la ciudad, que son muchas, por su orden, con su cera y cruces y pendones. Y luego toda la Clerecía de la ciudad: y los Frailes de todas las ordenes, mezclados con sus velas. Y luego la Cruz de la parroquia con sus Clérigos: y al cabo el Cabildo y canónigos, y Dignidades de la Iglesia con su Cruz, y el Arçobispo y Capellanes de la Capilla Real, y luego el cuerpo, y detrás los Veinte y cuatros, y Jurados de la ciudad y Caballeros, y Señores con ellos. Y luego todos los oficiales y Letrados del Audiencia Real; y otra infinita gente haciendo sentimiento por él: y no sólo los Christianos viejos, sino los moriscos también lloraban y iban diciendo en su algarabía el bien y limosnas y buen ejemplo que a todos avía dado y clamaban echando mil bendiciones<sup>9</sup>.

Acompañan al ataúd multitud de gente. Lloran, gritan, todos quieren tener un recuerdo del santo, obtener alguna reliquia. Es el homenaje al hombre de bien, al servidor de la caridad, Juan de Dios. El hombre de las manos gastadas por donación total a Dios y a

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 79-80.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 80-81.

los pobres; el hombre de los ojos de insomnio eficaz de tantas noches en vilo atendiendo a los enfermos en el hospital; los labios resecaos de la privación, dándolo todo a los pobres; el hombre del pecho lleno de las mejores obras de misericordia; el hombre de frente habitada por ideas evangélicas y de eternidad; el hombre de las piernas amoratadas en los largos caminos, todo vencido y consumido en la aventura, libre ya el alma por la espiral gloriosa hacia el oriente que no cesa; el hombre íntegro que deja un programa y un carisma de caridad a sus herederos para que sigan realizando el bien a los vergonzantes y necesitados... Éste es el hombre que llevan a enterrar.

Castro lo describe así:

Doblaron en la Iglesia mayor, con todas las campanas y en todas las Parroquias y Monasterios de la ciudad con tanto clamor, que parecía que como racionales, haciendo sentimiento diferente del que suelen. Llegados que fueron a una placeta que está delante la puerta de nuestra Señora de la Victoria, pararon con el cuerpo. Porque era tanta la prisa en entrar en la Iglesia, por la mucha gente que cargó, que fue menester detenerse gran espacio de tiempo, porque no era posible entrar. Y con la devoción que la gente le tenía, pareciéndoles que ya no le habían de ver más en esta vida: remetieron sin poder ser resistidos a ver y tocar el cuerpo, y llevar alguna reliquia del. Que unos tocaban cuentas, y otros horas, y otras cosas para su consuelo, y fue tanta la gente que se llegó, y los gritos que sobre el cuerpo daban llorando, que en ninguna manera los podían apartar del, ni por ruegos, ni por fuerza: y si Dios no proveyera de hacerlos apartar, hasta el ataúd hicieran pedazos, para llevar por reliquias, como comenzaron, y no dieron lugar, al entierro<sup>10</sup>.

Castro señala oportunamente que presidió la Misa de funeral el General de los Mínimos, «que a la sazón estaba en Granada», y predicó un fraile de la misma Orden, «muy subidamente»<sup>11</sup>. Era el 9 de marzo de 1550. Investigando la historia de la Orden de los PP. Mínimos, coincide totalmente con lo señalado por Castro, aporta el nombre del General e interesantes precisiones para distraer malentendidos que perduraban en la época del cronista:

Año de la muerte del beato Juan de Dios. Pues este año y en el mes de marzo Guichardo se encontraba en Granada (España) haciendo la visita, es decir, en el tiempo en que moría (se apartaba de los humanos) el Beato Juan de Dios, ejemplar esplendoroso de santidad y virtudes heroicas y principal autor de ayudar a los pobres enfermos, habiendo fundado para este ministerio Hermanos y Hospitales, de cuyos funerales él se preocupó, no el arzobispo, como algunos

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 81-82.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 82.

escriben, sino en su nombre. Pues el beato Juan había terminado su vida en casa de Ana Osorio, mujer de García Pisa, en el día 8 de marzo. Allí tenían la capilla en los nuestros, como indicamos el año 1518 y allí se determinó llevar los santos restos del hombre de Dios, pues aún no tenían los suyos sepultura en la casa prestada que habitaban, y no se había reunido en Congregación Regular aprobada; lo que no consiguieron hasta el año 1572 de Pío V Pontífice óptimo máximo. Acaeció que el santo varón, como han transmitido nuestros escritores, era enterrado, revestido con el sagrado hábito de la Orden, pero hay quienes dirán que él había profesado en nuestra tercera Orden. Guichardo desempeñó este oficio con admirable sentido de piedad; tan grande era ante todos su fama y opinión de santidad, la que justamente refrendó la santa sede Apostólica con un rescripto y concedió celebrarla con los responsables oficios<sup>12</sup>.

Como se ve, estaba circunstancialmente el P. General pasando la visita canónica en Granada, él presidió la misa y organizó el funeral, no el arzobispo que estaba presente. Un día memorable para la historia. Le dijeron muchas misas. La sensación de santidad no es una ilusión, sino vivencia real, muy fundada, que se palpa en el ambiente y en las expresiones de todos. De este modo, a rostro descubierto y a plena luz, desde su vida interior, vivió y luchó por el reino de Dios el humilde servidor de los pobres, el sencillo siervo de Dios que había comenzado en Granada la obra de caridad en 1534 y se prolonga hasta nuestros días<sup>13</sup>.

Los restos de San Juan de Dios descansaron durante 114 años en la Iglesia de la Victoria, porque a la hora de la muerte del santo no estaba construida la iglesia del hospital. Los Hermanos aceptaron el ofrecimiento hecho por la familia García de Pisa, para que fuera inhumado en la capilla familiar que tenían en la Iglesia Nuestra Señora de la Victoria, hasta que fue trasladado a su actual Iglesia y Hospital.



<sup>12</sup> LANOVIO, Francisco. *Chronicon Generale Ordinis Minorun*. París, 1635, p. 234. Lo toma de RUBISIUS, Claudius. *Historiae Lugdunensis*, I.3, c.54.

<sup>13</sup> MARTÍNEZ GIL, José Luis. *Yo Juan de Dios*. Madrid, 1982, p. 19.

### *Para conocer mejor esta pieza...*

Formando parte de las obras de la Sala Recibidor del Archivo-Museo ‘Casa de los Pisa’, encontramos expuesto sobre la pared una obra, por diversos motivos que ahora veremos, interesante, el tránsito de San Juan de Dios.

La pieza está conformada por el tránsito de San Juan de Dios, el motivo central y más importante, y por dos ángeles adoradores que lo flanquean y Dios Padre Eterno que remata la cabecera de la pieza.

Las cuatro pinturas están dentro de la estructura de un tríptico de madera que se sostiene por un pedestal y forma lobulada en el remate, todas ellas con fondo dorado.

Las dos puertas abatibles contienen en su interior a dos ángeles y, al abrirlas, ambos se postran adorando la bendita muerte del Santo de los enfermos.

San Juan de Dios se presenta ante el espectador en la actitud en que quedó muerto sobre un suelo ajedrezado, en la Casa de los Pisa.

Está arrodillado de espaldas y, dirigido hacia la derecha, sostiene en alto una cruz que empuña con ambas manos cruzadas. Viste el hábito negro hospitalario y en la cabeza ostenta una corona de espinas, como atributo peculiar. Su pie derecho, que está descalzo, queda al descubierto. Ante el Santo, a la derecha, hay una mesa de estilo modernista sobre la que reposa un libro y un Crucifijo de mesa, junto a ella una banqueta.

En las tablas de ambos lados, dos ángeles de formas estilizadas adoran al Santo en trascendental momento. Visten largas túnicas y reposan sobre nubes. El de la izquierda, sostiene el cáliz y la Sagrada Forma, símbolos de la Eucaristía, mientras el de la derecha porta una cruz de madera.

Una tabla menor y de perfil semicircular remata el tríptico en el que se representa la imagen de Dios Padre Eterno, que se encuentra inclinado hacia la izquierda y sujetando bajo su brazo derecho la bola del mundo, al tiempo que sostiene con la misma mano un cetro. Está acompañado por numerosos querubines.

### *Sentido y origen discutido de la pieza*

Sobre la autoría de la obra a la que hoy nos acercamos, es difícil apuntar algún dato con precisión, aunque numerosos estudiosos coinciden en que puede tratarse de un anónimo madrileño. Del mismo modo la datación se encuentra entre fines del siglo XVIII o siglo XIX, siendo nuestra opinión más tendente a apuntar que se trate con mayor seguridad de una obra del XIX.

Con toda probabilidad la pieza nació con un fin devocional. Yendo más lejos aún, me atrevo a asegurar, que podría tratarse de una obra realizada por encargo de un devoto particular del Santo con el fin de venerarla en la intimidad de su hogar.

### *Particularidades y rarezas*

Si sobre algo hay que llamar la atención en esta pieza, es lo poco común que ha resultado siempre encontrar un tríptico dedicado a San Juan de Dios, de hecho de entre toda la colección de Los Pisa es el único que existe.

Por otro lado, tenemos que apuntar que aunque a primera vista guarde gran similitud el conjunto de las cuatro pinturas, con un estudio detenido y exhaustivo, observamos que la pintura de San Juan de Dios está realizada por un pincel diferente al de los ángeles y el Padre Eterno, más difícil resulta definir cual de los dos pinceles refleja más maestría siendo ambos de exquisita ejecución en imágenes de este pequeño tamaño.

Con esta diferencia de autores podemos encontrar explicación al giro forzado hacia arriba de la cabeza del Santo que busca al Padre Eterno. Probablemente se pintara en segundo lugar el motivo del tránsito de San Juan de Dios y con el propósito de relacionarlo con el mismo Dios hubiera que violentar este gesto.

### *Bibliografía de la pieza*

BENAVIDES VÁZQUEZ, Francisco. «Tríptico del tránsito de San Juan de Dios». *Juan Ciudad, Arte y Hospitalidad*, n.º 458. Sevilla, Curia Provincial Bética Orden Hospitalaria San Juan de Dios, 2001, pp. 5-6.

LARIOS LARIOS, Juan Miguel. *La casa de los Pisa*, p. 25.

LARIOS LARIOS, Juan Miguel. *Iconografía de San Juan de Dios en Andalucía*. Tesis doctoral, tomo IV. Núm. Cat. 386.

RUIZ ORTEGA, Ernesto OH. *La granada de San Juan de Dios: Guía Artística del peregrino*. Granada, 1983, p. 79.



Fueron los granadinos los primeros que conocieron la «dichosa muerte del bendito Juan de Dios», de rodillas con un crucifijo en las manos... y así, rápidamente, adoptaron esta imagen como el icono del servicio.

No podía ser otra la escultura que presidiera «el templo del cuidado», el hospital de Juan de Dios.

Durante siglos esta figura ha marcado el lugar de la memoria de la hospitalidad, al estilo de Juan de Dios.

Su trasfondo espiritual, documental y afectivo sigue inspirándonos en el día de hoy, 475 años después, siendo fieles al legado recibido.



Archivo - Museo  
**San Juan de Dios**  
'Casa de los Pisa'  
Granada